

EL HOMBRE QUE AMABA A LOS PERROS

Leonardo Padura, 2009

Estos extractos comentados corresponden SÓLO a los cinco primeros capítulos de *El hombre que amaba a los perros*. No pasé de ahí. A medida que avanzaba en su lectura crecía en mí la sensación de estar malgastando mi tiempo. Pese a la insinuación del título, éste es uno de esos textos que no están escritos desde el amor, sino desde el odio. O sea, que curan al emisor a costa de enfermar al receptor. Lo que impulsa a Padura a escribir un libro así es su odio al castrismo y, por contigüidad, al stalinismo, que para él son la misma cosa. Ciertamente eso ya lo hacen Cabrera Infante y Solzhenitsyn, pero con los libros de esos dos, Padura no come. Debe escribir el suyo.

Padura sabe que nadie criticó la dictadura stalinista mejor que Trotsky, y decide prestigiar su libro con este nombre. Mala decisión. Padura no es el hombre más indicado (quizá nadie lo sea) para poner voz a quien fue apodado *La Pluma* y no dejó de escribir hasta el último día de su vida. Trotsky dejó algunos de los mejores libros sobre esa etapa de la Historia, como *Mi vida*, *Historia de la Revolución Rusa*, *La Revolución permanente...* Incluso artículos excelentes sobre literatura, como los recogidos por la editorial Alianza en 1971 bajo el título *Sobre arte y cultura*.

Como digo, no pude pasar del quinto capítulo. No obstante, como estas páginas ya estaban escritas, las incluyo en mi página de *Cine y Letras*.

Presentación

“En 2004, a la muerte de su mujer, Iván, aspirante a escritor y ahora responsable de un paupérrimo gabinete veterinario de La Habana, vuelve los ojos hacia un episodio de su vida, ocurrido en 1977, cuando conoció a un enigmático hombre que paseaba por la playa en compañía de dos hermosos galgos rusos. Tras varios encuentros, ‘el hombre que amaba a los perros’ comenzó a hacerlo depositario de unas singulares confidencias que van centrándose en la figura del asesino de Trotski, Ramón Mercader, de quien sabe detalles muy íntimos. Gracias a esas confidencias, Iván puede reconstruir las trayectorias vitales de Liev Dávídovich Bronstein, también llamado Trotski, y de Ramón Mercader, también conocido como Jacques Mornard, y cómo se convierten en víctima y verdugo de uno de los crímenes más reveladores del siglo XX.”

Trotsky falleció la madrugada del 24 de agosto de 1940 “en un hospital de la Ciudad de México de resultas de una fractura de cráneo producida en un atentado perpetrado el día anterior por” Ramón Mercader, sicario de Stalin.

Iván y la Cuba de los noventa

“Mientras los sepultureros, con despreocupada habilidad, bajaban hacia la fosa abierta el ataúd de Ana [...] me invadió como un alivio mezquino y pensé si de algún modo no estaba envidiando el tránsito final de mi mujer hacia el silencio, pues hallarse muerto, total y verdaderamente muerto, puede ser para algunos lo más parecido a la bendición de ese Dios con el que Ana, sin demasiado éxito, había tratado de involucrarme en los últimos años de su penosa vida.” [8]

Ana había muerto a consecuencia de una “osteoporosis (probablemente provocada por la polineuritis avitaminosa destapada en los años más duros de la crisis de los noventa) [que] había terminado por evolucionar hacia un cáncer óseo.” [9]

“Prácticamente tuve que dejar de trabajar para atender a mi mujer y si sobrevivimos esos meses fue gracias al apoyo de amigos [...] que con frecuencia pasaban por nuestro pequeño apartamento del barrio de Lawton a dejarnos algunos refuerzos [...] que ellos lograban obtener por las más sinuosas vías. [9] La etapa más crítica, para Ana [...] se abrió cuando Iván [el huracán] empezó a pasearse por los mares al sur de Cuba. [11] El 16 de septiembre, casi al caer la noche, mientras el huracán comenzaba a [...] perder la ya menguada fuerza en sus vientos, Ana había parado de acariciar a nuestro perro y, unos minutos después, dejó de respirar.” [12]

“Ana se cruzó en mi camino en uno de esos momentos en que yo me balanceaba en el borde de un foso. La gloriosa Unión Soviética había lanzado ya sus estertores y sobre nosotros empezaban a caer los rayos de la crisis que devastaría el país en los años noventa.” [12]

“Una de las primeras consecuencias de la debacle nacional había sido el cierre por falta de papel, tinta y electricidad de la revista de medicina veterinaria donde, desde hacía siglos, yo fungía como corrector. Al igual que decenas de trabajadores de la prensa [...], yo había ido a parar a un taller de artesanía donde se suponía que nos dedicaríamos, por un tiempo muy indefinido, a realizar tejidos de macramé y adornos de semillas barnizadas que, todo el mundo lo sabía, nadie podría ni se atrevería a comprar. [...] Gracias a mis amigos, los médicos veterinarios cuyos textos tantas veces revisé o hasta reescribí, poco después pude empezar a trabajar como una especie de ayudante ubicuo en la también por entonces paupérrima clínica de la Escuela de Veterinaria de la Universidad de La Habana.” [12]

Un día lluvioso, Ana llegó a la clínica con un poodle en brazos. “Su perro se le moría, me dijo, los dos veterinarios que lo habían visto no tenían anestesia para operarlo, y como no había guaguas en la ciudad, ella había venido caminando bajo la lluvia.” Iván cometió la temeridad de operar al perro, y lo salvó. Ana, era quince años más joven que Iván, pero “desde el principio tuvo la capacidad de hacerme sentir que hacía muchísimos años que yo la andaba buscando.” Pronto iniciaron “una sosegada y muy satisfactoria relación sexual” que se consolidó cuando Ana se instaló en el “apartamentico húmedo y ya agrietado de” Iván, donde, “asediados por el hambre, los apagones, la devaluación de los salarios y la paralización del transporte”, dedicaron sus “últimas energías a hacer el amor, a conversar por horas y a leer como condenados.” [13] Ana, poesía; Iván, novela.

“Una noche de apagón, de hambre apenas adormecida [...], comencé a contarle la historia de los encuentros que, catorce años antes, había tenido con

aquel personaje a quien desde el mismo día que lo conocí, siempre había llamado «el hombre que amaba a los perros».” [14]

Ramón Mercader

Mercader (Barcelona, 1913-La Habana, 1978) nació en una de esas “familias pudientes de Barcelona, dueñas de chalets de playa o casas en la montaña. El clan de los Mercader era uno de los afortunados, gracias a que durante la Gran Guerra los negocios textiles habían tomado un segundo aire. La familia de [Pau,] el padre, emparentada incluso con la nobleza local, había acumulado riquezas a lo largo de varias generaciones; como buenos catalanes, se habían dedicado al comercio y a la industria; la de Caridad, [la madre,] dueños de un castillo en San Miguel de Aras, cerca de Santander, eran indianos regresados de Cuba antes del desastre de 1898.” [33]

A grandes rasgos, Pau Mercader fue un buen patrono y un marido calzonazos. Caridad, una rica vergonzante que se quiso desclasar luchando contra el capital. “Aquella dama, rodeada desde la cuna de lujos y comodidades, educada por las monjas, experta en la monta de caballos de estirpe árabe y casada con un dueño de fábricas ajeno por naturaleza a los sentimientos de los hombres que trabajaban para su riqueza, se despojó de joyas y ropas atractivas y descendió en busca de los rincones menos luminosos de la ciudad.” [34]

“Con sus amigos libertarios y los lumpen del puerto y de los barrios de putas, Caridad había probado la heroína [...] y encontró en su iconoclastia una satisfacción recóndita, que le daba sabores más atractivos a la vida. Redescubrió el sexo, en otro nivel y con otros ingredientes, y lo practicó como una lucha a muerte, de un modo primitivo cuya existencia nunca había imaginado en su triste vida matrimonial: lo disfrutó con estibadores, marineros, obreros textiles, conductores de tranvías y agitadores profesionales.” [35]

“Con una fuerza fanática e incontenible [...] se dispuso a atravesar sus últimas fronteras y planeó, con los nuevos camaradas, su alucinado suicidio clasista: primero trabajó con ellos para promover huelgas en los talleres de Pau, en quien había fijado la encarnación misma del enemigo burgués; más tarde, en su espiral de odio, comenzó a preparar algo más irreversible, y con un grupo de sus compañeros planificó la voladura de una de las fábricas que la familia tenía en Badalona.” [35] La cosa había ido demasiado lejos. “Cuando la policía se presentó en la casa de Sant Gervasi, llevaban en las manos dos opciones para el destino de Caridad: o la cárcel, acusada de planear atentados contra la propiedad privada, o el manicomio, como enferma de drogadicción.” [36]

En el párrafo anterior, Padura se reblandece y llama “camaradas” a los anarquistas. Superado el momento de flaqueza, en la página siguiente recupera el tono y los llama “compañeros de lucha y juerga.” [36]

Gracias a la intercesión de un hermano de Caridad, que era juez municipal, y algún soborno de Pau a la policía, la pena se queda en un tratamiento de desintoxicación. Pero del acercamiento fraternal surgen más cosas. “Su hermano José, el juez, le había comentado que atravesaba serios problemas económicos, debido a deudas de juego que podrían acabar con su carrera. Caridad prometió

ayudarlo monetariamente a cambio de información: él debía decirle quiénes serían los jueces y cuáles los juzgados donde encausarían a sus amigos anarquistas detenidos. Con esos datos, otros compañeros comenzaron una campaña de intimidación a los letrados, que recibieron cartas en las que los amenazaban con las más diversas represalias si se atrevían a imponer condenas a cualquier libertario.” [37]

Tras la vuelta de Caridad a “su mundo anárquico” [37], Pau no tarda en descubrir la fuga de capitales: “Tomó medidas para evitar que ella pudiera manejar sumas importantes. Caridad se rebeló ante tal mezquindad burguesa: volvió a los lupanares, donde bebía y se drogaba, y a los mítines, en los que pedía a gritos el fin de la dictadura, la monarquía, el orden burgués, la desintegración del Estado y sus retrógradas instituciones. Su hermano, ya a salvo de sus apuros, planeó entonces con Pau la salida más honorable y consiguieron que un médico amigo ingresara a Caridad en un manicomio.” [37]

Hasta ahora, Padura no ha demostrado ninguna simpatía por Caridad, de la que se sirve como vehículo para asociar anarquismo con drogadicción y terrorismo. Años después, durante la Guerra Civil, Caridad se ha reconvertido al estalinismo. “Caridad era un ser andrógino que hedía a nicotina y sudores enquistados, hablaba como un comisario político y solo pensaba en las misiones del Partido, en la política del Partido, en las luchas del Partido.” [30] A partir de ahora, Padura la utilizará para denigrar a los republicanos no estalinistas: “¿Tú crees que se puede ganar la guerra con los trotskos haciéndoles señas a los fascistas en la trinchera de al lado y con los anarquistas llevando a votación las órdenes de combate?” [30]

Cerca de las trincheras de El Escorial, Caridad se encuentra con su hijo para proponerle asesinar a Liev Dávídovich, Trotsky, principal opositor a la dictadura estalinista y fundador en 1938 de la IV Internacional. Para llevar a cabo el plan, Ramón deberá cambiar de identidad y romper con su pasado y presente, novia incluida. Caridad refuerza su petición disparando a la cabeza del perro que acompaña a su hijo. Para entender la importancia de este gesto habrá que saber que Ramón amaba a los perros. Sus mejores amigos eran “dos perros, regalo del abuelo materno ante la evidencia de que el niño sentía una debilidad especial por aquellos animales.” [36]

Ramón acepta el encargo. Cómo no, si no era más que un apéndice de su madre. “Ramón dejó de ser un niño [el día en que] se convenció de que su madre tenía razón: si uno quería saberse realmente libre, tenía que hacer algo para cambiar aquel mundo de mierda que laceraba la dignidad de las personas [...]: había que hacer la revolución. [40]

Trotsky

“La noticia recién leída lo había sacudido por la magnitud de la castración mental que encerraba su mensaje. ¿Qué alturas habían alcanzado la mediocridad y la perversión para que el poeta Vladimir Maiakovski, precisamente Maiakovski, decidiera evadirse de sus tentáculos quitándose la vida? La mierda petrificada del presente de la que se espantaba el poeta en sus últimos versos, ¿se había desbordado hasta empujarlo al suicidio?” [41] Aquel suicidio era la dramática

confirmación de que en Rusia se vivían “tiempos en los que un hombre como Maiakovski, disciplinado hasta la autoaniquilación, podía sentir en su nuca el desprecio de los amos del poder.” [42]

Años antes, Trotsky había sido desterrado a Alma Ata, zona inhóspita de Kazajistán, como consecuencia de “aquella tétrica reunión del Comité Central en 1926, cuando Stalin, con el apoyo de Bujarin, había logrado su expulsión del Politburó y Liev Davídovich lo acusara delante de los camaradas de haberse convertido en el sepulturero de la Revolución.” [26]

Entonces, “su buen amigo Yoffe se había pegado un tiro, buscando que su acto provocara una conmoción capaz de mover las conciencias del Partido e impidiera la catastrófica defenestración de Liev Davídovich y sus camaradas.” [41]

Fue inútil. Así describe Padura “el destierro al que el advenedizo Iósif Stalin” había enviado a Liev Davídovich, junto con su mujer Natalia Sedova, su hijo Liova y su perra Maya: “Desde que en julio recibiera la noticia de la muerte de su hija Nina, vencida por la tisis, Liev Davídovich había vivido con el temor de que ocurrieran otras desgracias familiares, provocadas por la vida o, cada vez lo pensaba con más pavor, por el odio. Zina, la otra hija de su primer matrimonio, había enfermado de los nervios, y su marido, Platón Vólkov, ya andaba, como otros opositoristas, por un campo de trabajo en el Círculo Polar Ártico. Por fortuna, su hijo Liova estaba con ellos, y el joven Seriozha, el *homo apoliticus* de la familia, permanecía ajeno a las luchas partidistas.” [18]

El primer contacto del lector con Trotsky está fechado el 20 de enero de 1929, cuando el revolucionario recibe en su destierro kazajo la orden de abandonar el país, acusado “de sostener campañas contrarrevolucionarias consistentes en la organización de un partido clandestino hostil a los Soviets...” [19]

Conminado por la orden, Trotsky empaqueta sus pertenencias: “ensayos, proclamas, partes de guerra y tratados de paz que cambiaban el destino del mundo, pero sobre todo cientos, miles de cartas, firmadas por Lenin, Plejánov, Rosa Luxemburgo y tantos otros bolcheviques, mencheviques, socialistas revolucionarios entre los que había vivido y luchado desde que, siendo todavía un adolescente, fundara la romántica Unión de Obreros del Sur de Rusia, con la peregrina idea de derrocar al zar.” [20]

Trotsky no sabe cuál será su destino: “Alemania no estaba interesada en darle un visado, ni siquiera por motivos de salud; Austria ponía pretextos; Noruega exigía incontables documentos; Francia esgrimía una orden judicial de 1916 por la cual no podía entrar en el país. Inglaterra ni siquiera había respondido. Solo Turquía reiteraba su disposición a aceptarlo.” [25]

Finalmente, es enviado a Estambul. “Convencido de que el silencio y la pasividad podían ser sus peores enemigos, decidió ponerse en movimiento y, mientras insistía en la solicitud de visados en varios países, redactó un texto, publicado por algunos diarios occidentales, donde clarificaba las condiciones de su destierro, denunciaba la persecución y el encarcelamiento de sus seguidores en la Unión Soviética, y calificaba a Stalin, por primera vez públicamente, de Sepulturero de la Revolución.” [43] La reacción del Kremlin no se hizo esperar. “Expulsados sin miramientos del consulado soviético y despojados de toda protección, los Trotski

tuvieron que alojarse en un pequeño hotel de Estambul, donde sus vidas quedaban expuestas a las previsibles agresiones de sus enemigos, rojos y blancos.” [43]

“Pero le quedaba la que siempre había sido su mejor arma: la Pluma, la misma que difundió sus ideas en las colaboraciones entregadas al Iskra y que, ya en su primer destierro, lo había conducido al corazón de la lucha desde aquella noche de 1901 en que recibió el mensaje capaz de ubicar su vida de luchador en el vórtice de la historia: la Pluma había sido reclamada en la sede del Iskra, en Londres, donde lo esperaba Vladimir Ilich Uliánov, ya conocido como Lenin.” [44]

Un día, Trotsky conoce las islas Prínkipo, en el Mar de Mármara, y, “casi sin pensar [decide instalarse en] aquel lugar, pues sin duda había tranquilidad para escribir y buena pesca para probar los músculos.” El lugar elegido es “Büyük Ada, el más grande de los islotes del archipiélago de los príncipes desterrados.” Hasta allí llegan “periodistas empeñados en arrancarle primicias [y] editores venidos de medio mundo (quienes le contrataron varios libros y abonaron generosos adelantos capaces de aliviar las tensiones económicas de la familia).” [45]

“Como cabía esperar, fueron pocos los comunistas europeos que se atrevieron a asumir la herejía ‘trotskista’ [...] No obstante, Liev Davídovich insistió, y descargó sobre los hombros de su hijo Liova la organización de un movimiento opositor, mientras él se dedicaba a trabajar personalmente con los seguidores más notables. El resto del tiempo lo dedicaría a la redacción de una autobiografía comenzada en Alma Ata y a reunir información para una planeada *Historia de la revolución*.” [46]

“Entre los visitantes que recibió en aquellos primeros meses se contaban sus antiguos camaradas Alfred y Marguerite Rosmer, los siempre políticamente enrevesados Pierre Naville y Souvarine, y el impulsivo Raymond Molinier, que había traído a rastras a su esposa Jeanne y a su hermano Henri.” [46] Pero las noticias llegadas de Moscú son desalentadoras. “Aquel flujo de capitulaciones llegó a convencer a Liev Davídovich de que, al menos dentro de la Unión Soviética, su guerra parecía perdida.” [47] “Especialmente rastrera le había resultado la actitud de Rádek, quien había declarado que se consideraba enemigo de Trotsky desde que éste publicara artículos en la prensa imperialista.” [47]

Otro visitante es Yákov Blumkin, ex terrorista al que Trotsky perdonó la vida tras leer “una carta en donde se arrepentía de su acción y prometía, si era perdonado, servir a la revolución en el frente que se le designara.” [49] A pesar de que Blumkin es ahora alto oficial de la GPU, tras visitar a Trotsky es fusilado. “Stalin se proponía, de aquel modo, dar un rotundo escarmiento a los opositores.” [51]

“Confinado en la casa, Liev Davídovich había conseguido dar el empujón final a la obra en que revisaba su vida [47] y andaba embebido en la escritura de su *Historia de la revolución*.” [51]

Mientras, la situación política empeora. “En el interior de la Unión Soviética la Oposición había sido prácticamente desintegrada, sin que se produjeran las esperadas deportaciones. Fuera del país, sus seguidores se peleaban por un pedazo de poder, por estar más o menos a la izquierda de una idea, o simplemente lo abandonaban.” [52]

Padura cree que Trotsky se culpa de haber ayudado a formar aquel aparato de poder. “Sobre su espalda cargaba la responsabilidad de haber destituido a líderes sindicales, de haber borrado la democracia de las organizaciones obreras, y contribuido a convertirlas en las entidades amorfas que ahora utilizaban a placer los burócratas estalinistas para cimentar su hegemonía. Él, como parte del aparato del poder, también había contribuido a asesinar la democracia que, desde la oposición, ahora reclamaba. [Pero] sabía que si en marzo de 1921 los bolcheviques hubieran permitido unas elecciones libres, probablemente hubiesen perdido el poder.” [53]

“Liev Davidóvich bien lo sabía: la revolución había comenzado a devorar a sus propios hijos y a él le había correspondido el triste honor de haber dado la orden que inauguró el banquete. La inflexibilidad con que había actuado (generalmente apoyado por Lenin) quizás se justificaba en aquellos años. Pero ahora, al revisar sus actitudes, no podía dejar de preguntarse si, de haber tenido la desvergüenza y la astucia necesarias para abalanzarse sobre el poder tras la muerte de Lenin, no habría terminado convirtiéndose, él también, en un zar pseudocomunista. ¿No habría enarbolado las justificaciones de la supervivencia de la Revolución para aplastar rivales, como en 1918 las utilizó Lenin para ilegalizar los partidos que junto a los bolcheviques habían luchado por la revolución?” [54]

En el ambiente familiar surge otra complicación. Liova quiere irse a vivir con Jeanne, la esposa de Raymond Molinier. “Jeanne era una joven dotada de una languidez que contrastaba con el atropellamiento de su marido, y los veintitrés años de Liova palpitaban en cada célula de su cuerpo, aun cuando se hubiera entregado en cuerpo y alma a la causa [...] Jeanne viajaría a París con la intención de terminar su relación con Raymond” y se iría a vivir con Liova en otro lugar. [55]

Noticia alarmante: “Las elecciones alemanas, celebradas el 14 de septiembre de 1930, habían convertido al Partido Nacional Socialista de Hitler en el segundo más votado del país. El salto había sido de los ochocientos mil votos de 1928 a los más de seis millones que ahora lo respaldaban.” [55] “En una de las cartas con que solía bombardear al Comité Central del Partido soviético, ya Trotsky había advertido sobre el peligroso enraizamiento del nacionalsocialismo en Alemania, al cual veía como portador de una ideología capaz de cohesionar a todo aquel ‘polvo humano’ de una pequeña burguesía triturada por la crisis y deseosa de revancha. ¿[Pero es que] Nadie advierte que si no se le cierra el camino, Hitler se hará con el poder y los comunistas serán sus primeras víctimas?” [56]

IMPRESIONES

Leídos cuatro capítulos, Padura ya me ha dado indicios suficientes para que me haga una idea de cuál es su actitud ante los dos acontecimientos más importantes para un hombre: la Mujer y la Revolución.

La Mujer

Ana, la mujer del narrador, tiene quince años menos que él. No me sorprende. Lo inhabitual habría sido que Iván (vehículo del autor en la ficción) se hubiese unido a una mujer quince años mayor que él. Siguiendo la máxima de que un hombre tiene la edad de la mujer con la que se acuesta, Iván-Padura se busca una mujer más joven para que la diferencia de edad lo rejuvenezca. Cabe pensar que quizás a ella vivir con un hombre mayor pudiera envejecerla. Para eximirse de esta culpa, Iván-Padura atribuye a Ana una condición enfermiza debida, sobre todo, a las carencias a que la somete el régimen cubano.

Caridad, la madre de Mercader, es definida como “un ser andrógino que hedía a nicotina y sudores enquistados”. Ricachona vergonzante, se prostituye, se droga, se mezcla con los libertarios, mostrados en esta novela como escoria terrorista, y da una muestra de su crueldad disparando a sangre fría a un perrillo dócil. Lo peor que puede hacerse en una novela que va sobre el amor a los perros.

Tampoco las mujeres del entorno trotskista rompen con el modelo femenino anterior a la revolución. Natalia, esposa del revolucionario, es una mujer abnegada, siempre oferente y nunca reivindicativa, digna merecedora de la medalla de la madre, dar mucho recibir poco. Jeanne, la esposa de un trotskista francés, se fuga con Liova, el hijo de Trotsky, y deja al revolucionario sin sus mejores colaboradores en el momento de mayor agobio. Hay otra mujer, que sólo aparece como una ráfaga: “Tras su mesa de trabajo contempló a la hermosa Sara Weber”. Entre todos los calificativos posibles, eficaz, laboriosa, amiga, Padura elige el que da a la figura de Trotsky un carácter libidinoso. Para facilitar la penetración de esta idea en el lector, justo antes ha escrito la palabra “obsceno”.

En el capítulo siguiente, Iván-Padura insistirá en su actitud sexista y crítica con el régimen: la trigüeña jamona y tortillera, expulsada de la docencia por su preferencia sexual.

La Revolución

De la Revolución a Padura sólo le interesa lo feo. Que las primeras medidas de Castro al entrar en La Habana fueran reducir el precio de los alquileres, la electricidad y los medicamentos o la gratuidad de la educación son naderías indignas de ser mencionadas. Lo que en realidad importa es el fracaso estrepitoso de la zafra y el dirigismo en la enseñanza. Ni una palabra de censura contra Batista, que hizo de Cuba un prostíbulo barato para los estadounidenses. Por cierto, que los efectos más devastadores de la injerencia exterior en la supervivencia de la Isla no parecen ser provocados por el bloqueo y el hostigamiento permanente de su vecino

del Norte, sino por el dirigismo ideológico del gigante ruso, que se les ha metido en casa invitado por Fidel.

La idea de que Padura sólo habla de lo que ha vivido, de lo que ha sufrido personalmente, queda excluida por su capacidad para documentarse sobre la historia anterior. Al menos sobre la rusa. Sobre este último país, llega a la conclusión de que el único producto de la Revolución bolchevique fue el monstruoso Stalin. Ni una mención al Zar, que mantuvo a Rusia en la época medieval, con los campesinos reducidos a la condición de siervos y los estudiantes encarcelados, torturados y deportados. Ciertamente que ni Batista ni el Zar llevaron a sus pueblos la expectativa de una sociedad más justa, pero en la voz defraudada del autor hay más resentimiento que justicia.

Vuelvo a la obra.

Iván

“Había logrado formar una colección de las obras casi completas de Chandler.” Esa tarde leía el cuento “titulado *Asesino en la lluvia*. La edición era de Bruguera, impresa en 1975, y, junto al relato que le servía de título, recogía otros cuatro, incluido uno llamado *El hombre que amaba a los perros*.” [57]

“Aquella tarde de marzo de 1977 en Santa María del Mar [me fijé] en aquel hombre que se detuvo a unos metros de donde yo estaba para llamar a unos perros [...], dos galgos rusos, al parecer de pura sangre.” [58]

“En 1973, cuando terminé la universidad con excelentes notas y el prestigio añadido de tener un libro publicado, fui seleccionado para trabajar como redactor jefe de la emisora de radio local de Baracoa [60], [una] especie de destierro a una Siberia tropical [...]. Yo había escrito aquellos cuentos aturdido por el ambiente agreste y cerrado que se vivía entre las cuatro paredes de la literatura y la ideología de la isla, asolada por la cascada de defenestraciones, marginaciones, expulsiones y «parametrizaciones» de incómodos de toda especie ejecutadas en los últimos años y por el previsible levantamiento de los muros de la intolerancia y la censura hasta alturas celestiales.” [61]

“Dos de los maestros de la universidad habían sido suspendidos de su trabajo docente por haber confesado que profesaban creencias religiosas. [...] Otras dos profesoras resultarían definitivamente expulsadas por su preferencia sexual «invertida». [...] Quién iba a decir que aquellas dos maestras eran un par de tortilleras, sobre todo la trigueña, con lo buena que estaba en la plenitud jamona de sus cuarenta años.” [63]

El destierro de Iván se fraguó en 1971, el año en que el gobierno dio “la orden expresa de dar caza a cualquier tipo de bruja que apareciera en lontananza. [Iván cometió] un grave pecado de sinceridad e inocencia [al decir a sus amigos] que había otros profesores a quienes, gracias al carné rojo que llevaban en su bolsillo, se les permitía seguir dando clases cuando todo el mundo sabía de sobra que eran más incapaces docentemente que los trasladados por ser religiosos, y que había otros, también sobrevivientes y portadores de carné, con más pinta de maricones y tortilleras que las dos profesoras fumigadas. [...] Unos meses después sabría que aquel comentario inoportuno se convertiría en la causa de mi primera caída. [...] Aquellas rachas de aire turbio eran parte de un huracán que recorría silenciosa pero devastadoramente la isla, por fin encarrilada en una concepción de la sociedad y la cultura adoptada de los modelos soviéticos.” [63] Iván asumió “todos aquellos fundamentalismos sin grandes conflictos ni preocupaciones, sin idea de las oscuridades cuasi medievales y pretensiones de lobotomía que las impulsaban.” [63]

En su destierro, Iván escribe un libro de cuentos, *La sangre y el fuego*, y lo presenta a un concurso para escritores inéditos, obteniendo una primera mención y la publicación del manuscrito. Además, es elegido “secretario para las actividades culturales de la Federación de Estudiantes de la Universidad.” [64] Las lecturas de Kafka, Hemingway, García Márquez, Cortázar, Faulkner, Rulfo, Carpentier, lo llevan a escribir un “relato donde narraba la historia de un luchador revolucionario que siente miedo y, antes de convertirse en un delator, decide suicidarse.” [64] A finales de enero de 1973 lo presenta a la misma revista universitaria. “Una semana después

el director de la revista me citó en su oficina y allí sufrí la segunda y creo que más dolorosa caída de mi vida. Comoquiera que mi historia se repitió tantas veces, con otros muchos escritores, la voy a sintetizar: aquel cuento era inoportuno, impublicable, completamente inconcebible, casi contrarrevolucionario [...] Aquel día supe lo que era sentir Miedo con mayúsculas.” Salí de aquella oficina cargado con una mezcla imprecisa de sentimientos (confusión, desasosiego y mucho miedo), pero sobre todo agradecido de que no se hubieran tomado otras medidas conmigo.” [65]

“La idea genial que se les ocurrió fue enviarme para una necesaria purificación a la remota Baracoa, adonde llegué en el mes de septiembre [...] Nunca olvidaré la sonrisa de mi colega el día que de manera oficial me transmitía el mando. Y menos podré olvidar las palabras que susurró. –Prepárate, socio: aquí te vas a hacer un cínico o te van a hacer mierda... Bienvenido a la realidad real.” Baracoa era “un cacicazgo, regido por los jefes de las organizaciones locales”, un “infierno grande” donde “sufriría las consecuencias de mi incapacidad humana e intelectual para lidiar cada día con caciques y diablos”. [66/67]

“La emisora Radio Cuba Libre era el medio encargado de concretar una realidad virtual embustera [...] construida sobre planes, compromisos, cifra y metas mágicas que nadie se ocupaba de comprobar, sobre constantes llamados al sacrificio, la vigilancia y la disciplina con los que cada uno de los jefes locales trataba de construir el escalón de su propio ascenso. Mi trabajo consistía en recibir llamadas y recados de aquellos personajes para que velara por sus intereses, a los cuales ellos siempre llamaban los intereses del país y del pueblo.” Paralizado por el miedo a ver invalidado su título universitario, Iván asume su papel y ordena a “los dos autómatas subnormales y alcohólicos” a su cargo que ensalcen a los caciques. A cambio de su obediencia, es invitado “a la comelata y la bebedera (¿quién habla de escaseces?) organizadas por el jefe de turno. Nunca comí, bebí y templé tanto ni con tantas mujeres como en aquellos dos años, al cabo de los cuales terminé reaccionando como un cínico y convertido en un alcohólico.” [67]

Iván/Padura reconoce (se diría que incluso alardea de) haber incurrido durante el periodo socialista en las mismas inmoralidades que los ricos en tiempos de la dictadura: buenos alimentos (en medio de la escasez general), alcohol, drogas y mujeres. Pero no se siente culpable. “No he sido yo, ha sido ella”. Ella es la revolución.